

# BAILA PARA MÍ

*Porque todos nos merecemos  
una oportunidad para brillar...*

*Paula de Vera*

NO COPIAR

*Para aquellos ángeles guardianes  
que siempre nos querrán y aceptarán  
tal y como somos.*

NO COPIAR

<u>BAILA PARA MÍ</u>	1
<u>Parte 1 - Descubrimiento</u>	10
<u>Daleth</u>	14
<u>Una noche entre amigas</u>	24
<u>Encuentros en la antesala</u>	34
<u>Magia Salvaje</u>	48
<u>El gigante misterioso</u>	58
<u>Cinco años atrás...</u>	68
<u>Perseidas y Caballeros</u>	74
<u>Una pasión prohibida</u>	90
<u>Kenneth Forest</u>	102
<u>Responsabilidades</u>	114
<u>El peso del deber</u>	126
<u>Un buen aliado</u>	138
<u>Una confesión y una disculpa</u>	148
<u>Cuestión de confianza</u>	162
<u>Sin límites</u>	174
<u>Cinco años atrás...</u>	190

<a href="#"><u>Toma de contacto</u></a>	192
<a href="#"><u>Una extraña normalidad</u></a>	212
<a href="#"><u>Anhelos imposibles</u></a>	234
<a href="#"><u>Parte 2 - Apuesta</u></a>	254
<a href="#"><u>No puedo remediarlo</u></a>	255
<a href="#"><u>Alguien en quien confiar</u></a>	273
<a href="#"><u>Saltos de fe</u></a>	289
<a href="#"><u>Dime la verdad</u></a>	307
<a href="#"><u>Promesas difíciles</u></a>	329
<a href="#"><u>No hay vuelta atrás</u></a>	353
<a href="#"><u>Silencio</u></a>	377
<a href="#"><u>La familia que haces</u></a>	391
<a href="#"><u>Una bomba de relojería</u></a>	409
<a href="#"><u>Cambio de aires</u></a>	431
<a href="#"><u>Te lo suplico</u></a>	451
<a href="#"><u>El río a su cauce</u></a>	475
<a href="#"><u>PARTE 3 - Premio</u></a>	505
<a href="#"><u>Choque de voluntades</u></a>	506
<a href="#"><u>No puedo más</u></a>	528

<a href="#"><u>La última pieza</u></a>	552
<a href="#"><u>Límites insospechados</u></a>	580
<a href="#"><u>La calma que precede a la tormenta</u></a>	606
<a href="#"><u>A tu lado</u></a>	628
<a href="#"><u>Ten fe</u></a>	650
<a href="#"><u>Déjame ayudarte</u></a>	674
<a href="#"><u>Yo te daré...</u></a>	702
<a href="#"><u>Confianza</u></a>	722
<a href="#"><u>Lealtad y castigo</u></a>	744
<a href="#"><u>El as en la manga</u></a>	760
<a href="#"><u>La encrucijada</u></a>	772
<a href="#"><u>La trampa perfecta</u></a>	790
<a href="#"><u>El cazador cazado</u></a>	803
<a href="#"><u>El principio del fin</u></a>	825
<a href="#"><u>Queridos Ban y Elaine.</u></a>	853
<a href="#"><u>Corazones al unísono</u></a>	857
<a href="#"><u>Un dulce encaje</u></a>	875
<a href="#"><u>Comenzando a vivir</u></a>	896
<a href="#"><u>Epílogo</u></a>	922

NO COPIAR

NO COPIAR

## Parte 1 - Descubrimiento

NO COPIAR

*Sangre.*

*Los olores a muerte y a medicamento inundaban aquel pequeño cuarto de baño mientras la noche caía al otro lado del único ventanuco visible, situado sobre la bañera. En aquel espacio en penumbra, los fogonazos de un fluorescente a medio romper y cuyos pedazos colgaban del techo como una macabratelaraña, eran los únicos capaces de aportar ráfagas de claridad a lo sucedido. O, quizá, solo hacían que el único testigo presente de aquella debacle tuviera, de nuevo, ganas de vomitar.*

*No entendía qué había ocurrido. Aquello no tenía que haber terminado así. El que yacía en el suelo, inerte y con la nuca abierta, era apenas otro pobre desgraciado como él mismo; quizá con algo más de suerte en la vida y una familia que lo quería. Pero ¿qué más daba ahora? Reprimiendo una arcada, el joven testigo se arrodilló entonces junto al cadáver; sin importarle el hecho de mancharse las rodillas de sangre, oscura y viscosa y maldiciendo, por enésima vez, su mala suerte.*

*«Valiant...», se lamentó para sus adentros, tomándole la mano. «Perdóname».*

*No tuvo tiempo de pensar en nada más. De un momento a otro, un dolor agudo le atravesó todo el espinazo y el testigo cayó sobre el cuerpo cuan largo era.*

NO COPIAR

## *Daleth*

Para Elaine, cepillarse el pelo siempre había sido un ritual indispensable. Lo primero que hacía siempre al despertarse por la mañana, tras llegar al baño y después de quitarse las legañas con un poco de agua, era tomar el cepillo y pasarlo, durante varios minutos, por su largo cabello lacio. Aunque era cierto que aquellos mechones dorados casi nunca se enredaban, a la joven la relajaba aquel movimiento repetitivo y conocido. Sobre todo, cuando tenía que enfrentar un trance desagradable.

—¡Vamos, Elaine! ¡Llegamos tarde!

La muchacha suspiró y se miró por enésima vez al espejo, insegura. Un segundo después se decidió a dejar el cepillo a un lado con gesto pesado.

«Desde luego, esta noche va a ser uno de esos momentos difíciles de soportar», pensó con cierto abatimiento, antes de girar por fin el picaporte y salir del amplio cuarto de baño.

Su mejor amiga y responsable de sacarla de su zona de confort aquella noche, Erica Franklin, la esperaba sentada sobre el borde de su gran cama, taconeando con un pie en una muestra evidente de nerviosismo. Cuando alzó la cabeza para verla salir, sacudió su cabello corto a la altura de la barbilla y fijado con espuma.

El efecto hacía destacar aún más el color azul cielo con el que se lo había teñido, siguiendo la última tendencia del momento para las clases altas de la ciudad.

—¡Ah, por fin! ¡Ya era hora! —resopló, levantándose con los ojos en blanco—. Ni que fueras a casarte.

Elaine tragó saliva ante la pulla y trató de salirse por la tangente.

—Todavía no me has dicho a dónde vamos —le recriminó, antes de señalarla a la altura de los muslos—. Por cierto: tienes la falda subida, Eri.

Su amiga, pillada en falso, se limitó a torcer el morro y colocarse el vestido con disimulo. Elaine casi dejó escapar una sonrisita involuntaria. Si algo tenía la joven de pelo celeste era no ser lo más delicado del mundo a la hora de vestirse. De hecho, era evidente que aquel atuendo no era de su agrado; Erica se lo había puesto solo por no llevarle la contraria al bueno de Liam, su hermano mayor; el cual casi le había suplicado que se vistiera con algo elegante esa tarde para asistir a su graduación. Y la díscola muchacha, que sólo lo tenía a él desde la muerte de sus padres hacía tres años, había claudicado. Aunque únicamente fuera en esa ocasión y para evitar su insistencia...

Elaine, por otra parte, era la primera que tampoco se sentía cómoda con ropa de fiesta. Pero, por enésima vez, supo que a Erica le daba lo mismo; sobre todo cuando esta se limitó a encogerse de hombros como respuesta a su primera acusación y comentó:

—No te preocupes, El. —Acto seguido, se acercó a la joven rubia y le pasó las manos por los hombros como si quisiera arreglarle el vestido, en un claro gesto tranquilizador entre amigas—. Además, Aera me ha asegurado que el sitio nos va a encantar y ya sabes que me fio de ella a ojos cerrados...

Elaine gimió de forma casi imperceptible, pero no contestó. Mientras tanto, Erica se alejó unos centímetros y frunció los labios, observando aún a la joven rubia. Esta estuvo a punto de preguntar qué ocurría, si tenía algo en la cara, cuando su mejor amiga hizo algo que no esperaba: se giró hacia la derecha y avanzó un par de pasos. Después, tras observar el tocador con aire pensativo, tomó algo de su blanca superficie con dos dedos. Todo antes de retornar hacia su mejor amiga, sosteniéndolo con infinita delicadeza. Elaine casi jadeó al ver el objeto en cuestión, pero no renegó.

—Ven, anda. Déjame probar una cosa —le pidió entonces Erica sin brusquedad, a lo que la otra obedeció.

La del pelo azul tomó entonces la sien de la rubia con mimo, apartó unos pocos mechones hacia atrás; y, con infinito cuidado, los sujetó con el pasador en forma de mariposa. Era casi una obra de arte de ágata amarilla y nácar, con dos largas alas de mariposa haciendo una “X”. Cuando su mejor amiga se echó hacia atrás, Elaine alzó una mano instintiva hacia el pasador, pero no lo retiró. Se limitó a acariciarlo con mimo mientras su vista se dirigía, esta vez, hacia el espejo del tocador. Erica se situó a su espalda, discreta.

—Estás muy guapa hoy, Elaine —le indicó entonces; haciendo que la otra muchacha se girara y clavase en ella dos ojos, enormes y oscuros, marcados por las lágrimas—. Todo irá bien esta noche ¿de acuerdo? Yo estaré contigo en todo momento. Te lo prometo.

Tras un instante de vacilación en el que Elaine trató de tragarse la tristeza con todas sus fuerzas, esta última asintió y se dejó conducir; primero, al exterior del dormitorio. Después, fuera de su caro apartamento. Las dos jóvenes bajaron entonces por el ascensor hasta el aparcamiento del edificio en un extraño silencio, algo poco habitual entre ellas. Cuando sonó la campanita que anunciaba que habían llegado a la planta deseada, ambas salieron una junto a la otra.

Después, se dirigieron casi por instinto hacia un pequeño Fiat 500 de color azul cielo estacionado a unos veinte metros de distancia, entre dos huecos vacíos. Siendo jueves por la noche, era de lo más normal.

La Torre de Forest Energies estaba en la Zona Alta de la gran ciudad de Daleth. Más o menos, como todas las empresas de renombre de la villa; y, de paso, de toda Nueva Britania. Si Elaine recordaba bien sus clases de Historia de la escuela, después de la Segunda Gran Guerra de hacía ciento sesenta años, el mundo se había recuperado a duras penas de las secuelas. Sin embargo, la población mundial había conseguido evolucionar durante las siete décadas siguientes hasta llegar al punto de creer que nada podría con la Humanidad... Pero se equivocaban.

Hacía sesenta y cinco años, sin haberse recuperado todavía de una de las peores pandemias conocidas en ese siglo, la Tierra se había enfrentado a una hecatombe energética de magnitud inesperada que había destruido gran parte de las redes de comunicaciones y la electrónica del planeta, provocando el pánico general y que diversos conflictos por los recursos más básicos surgieran por doquier. No obstante, tras trece años de caos dos científicos centroeuropeos habían surgido de sus laboratorios clandestinos para ofrecer al mundo una solución. La cual, si bien no era del agrado de todos, ya era conocida por aquel entonces: la energía nuclear. Ese momento se conoció como la Gran Revelación. Aun a pesar de las reticencias de algunos líderes políticos, por suerte, el sentido común y la necesidad de sobrevivir hizo mella en la mayoría. Sobre todo, para utilizar esa fuente tan controvertida durante décadas y tratar de salir adelante. A partir de ahí, también empezó una carrera por la innovación como nunca se había conocido hasta la fecha. Tratando, como fuese, de encontrar una alternativa segura y efectiva para la preciada potencia nuclear.

Para ello, en las Islas Británicas y su principal nación reconstruida de entre las cenizas, Nueva Britania, la mayoría de las

empresas que tenían algo pionero que ofrecer al país y al mundo se habían establecido en la Zona Norte de la flamante ciudad empresarial de Daleth. Por supuesto, en torres de acero y cristal que rivalizaban entre ellas en altura, brillo y esplendor; miraras donde mirases. Además, era muy habitual que, sobre los bloques de oficinas, o junto a los mismos, se encontraran las caras residencias de sus propietarios. En cuanto a la familia de Elaine, los Forest, eran pioneros junto a otros pocos elegidos de la mencionada innovación desde hacía más de dos generaciones. Para ellos, se daba el primer caso. Su residencia y lugar de trabajo se encontraba en un edificio de cincuenta pisos, con los cuarenta y cinco primeros destinados a oficinas; y los cinco últimos, a viviendas privadas.

Cuando las dos jóvenes enfilaron la carretera de salida de los terrenos de la Torre Forest y antes de entrar en la Avenida Macintosh, la más larga y ancha de toda la Zona Alta de Daleth y arteria principal para desplazarse por la misma, Elaine echó un vistazo hacia lo alto del edificio. Las luces estaban aún encendidas en el piso cuarenta y cinco; era probable que su hermano Ken, el primogénito de la familia, siguiese trabajando. La joven suspiró, apartó la vista y la dirigió hacia el frente; sin poder evitar que, de inmediato, un nuevo nudo no del todo desconocido se apoderase de sus entrañas.

Una vez la Torre Forest quedó muy atrás, tras tomar el desvío Sur de la Avenida entraron en la Vía Prima, otra enorme avenida más similar a una autopista urbana. A partir de ahí, Erica condujo durante cerca de diez minutos entre farolas y edificios cuadriculados en dirección al fiordo. Daleth podía ser, desde hacía décadas, el centro indiscutible de las nuevas tecnologías y las grandes empresas de Nueva Britania; sin embargo y según la mitad de la ciudad de la que se hablase, también se trataba de un centro de diversión, juego y entretenimiento conocido en casi todo el país. Situada junto a ambas

orillas del fiordo Kent, en la costa oeste del país, los más ancianos afirmaban que Daleth llevaba dividida desde su fundación en dos mitades muy bien diferenciadas: el norte para los pudientes y el sur para la clase media y baja. Sin embargo, desde la Guerra de los Recursos eso parecía haberse hecho incluso más patente: ahora, la Zona Alta de la orilla norte permitía que todos aquellos que habían conseguido salir adelante en el difícil mundo empresarial del último siglo tuvieran su hueco; para observar, con indolencia, a los vecinos “pobres” de la orilla sur... y, de paso, al resto del mundo que compraba sus proyectos e innovaciones.

Sin embargo, en ese sur se encontraba justamente el lugar adónde se dirigían las chicas aquella noche. El Centro Histórico de Daleth. Lo exótico. Aquello que, por otra parte, la mayoría de sus compañeros de estudios y de juegos de toda la vida miraban por encima del hombro el noventa por ciento del tiempo. Solo que, ahora, empezaba una nueva etapa para todos ellos. Erica, Elaine y la mayoría de sus amigos y amigas se habían graduado del instituto aquella misma tarde, entre las aclamaciones de sus familiares y gente querida. Y, ahora, recién empezado su primer verano como adultos, la mayoría de ellos solo querían poder disfrutar de un merecido descanso veraniego. No obstante, Elaine apenas había tenido tiempo de disfrutar de la atención de su hermano mayor antes de que este tuviese que volver a trabajar.

La joven contuvo una lágrima traidora a duras penas al pensar en ello, justo cuando el coche de Erica enfilaba el primer tramo del puente Ávalon. Las luces de las altas torres se reflejaban como espectros fantasmagóricos sobre las oscuras y revueltas aguas, seguramente a causa de las lluvias de primavera de los últimos dos meses. Sin embargo, aquellas sombras ondulantes permitieron a la joven Forest hundirse en sus pensamientos mientras miraba por la ventanilla.

Su padre había muerto de un largo y tedioso cáncer hacía casi un año, pero su madre aún no se había repuesto del trauma. Sólo permanecía en el enorme dúplex familiar, situado sobre el ático de la empresa Forest Energies, sin atender ni escuchar a nadie que se dignase a dirigirle la palabra. De ahí que su hermano Ken se estuviera haciendo cargo del negocio familiar mientras su madre se recuperaba... si es que lo hacía en algún momento.

«Pero», Elaine se preguntaba, «eso ¿dónde me deja a mí?».

Hasta la fecha, su labor había sido atender a su madre y a sus estudios; equilibrando todo lo posible y con aspiración a convertirse, en un futuro, en una brillante estudiante de la mejor Universidad del país. Después, pasaría a ser la posible esposa de otro empresario con igual o mayor fortuna que la de su familia. La joven suspiró mientras se llevaba, de nuevo, una mano al pasador y lo acariciaba casi por instinto. Aquel había sido un regalo de su madre en su penúltimo cumpleaños, pocas semanas antes de que le diagnosticasen a su padre la fatal enfermedad. Si se paraba a pensarlo en frío, Elaine se daba cuenta de que era cierto que llevaba casi desde entonces encerrada en una burbuja de rutina, dolor contenido y silencios incómodos. Quizá, por una vez en mucho tiempo, debía darle la razón a Erica: a lo mejor aquella noche era lo que necesitaba para ahuyentar, aunque fuera por unas horas, a todos los demonios que la acosaban desde el fallecimiento de su padre.

—Vamos, Elaine. Alegra esa cara —le dijo entonces Erica, haciendo que la aludida girase apenas el rostro hacia ella. Su amiga le dedicó una breve sonrisa de aliento sin despegar del todo la vista de la carretera—. Créeme, estoy segura de que lo pasaremos bien. Además —añadió, con algo más de diversión— llevas un año sin apenas salir de tus aposentos, como quien dice, ni hacer nada aparte de estudiar. Vas a acabar convirtiéndote en la princesa de aquel cuento ¿te acuerdas? La que terminaba tirando sus rizos por una ventana para que la rescataran...

A pesar del tono desenfadado y la buena intención de Erica, Elaine apretó los labios para contener de nuevo las lágrimas; por ello, su amiga se esforzó por suavizar el mensaje al tiempo que le posaba una mano cariñosa en el brazo.

—Oye, cielo. Sé que este año ha sido muy duro para Ken y para ti, pero... las dos sabemos que necesitas esto —insistió con dulzura—. Tus amigas queremos poder ayudarte. Ya lo sabes.

Elaine tragó saliva. El puente se acercaba a su tramo final y el otro lado de Daleth, con sus luces anaranjadas y sus tintes antiguos, se aproximaba inexorable. Para bien o para mal, la joven rubia sabía que no le quedaba más remedio que confiar en Erica. Como ella decía, sus amigas habían tratado de estar junto a ella en todo momento desde el fatal desenlace familiar. Por ello y al cabo de un mini segundo de duda, Elaine decidió mostrar una comedida sonrisa de rendición y pronunciar:

—Vale. Pero, cumple tu promesa. ¿De acuerdo?

Ante aquello, Erica se rio con tanta fuerza que casi se saltó la salida que le indicaba el GPS para llegar a su destino. Sin embargo, al recobrar la compostura y la atención, la joven de pelo azul suspiró y le guiñó un ojo a su amiga:

—No te preocupes, El. Después del trance de esta noche, Liam será todo tuyo.

NO COPIAR

## *Una noche entre amigas*

—¿¡Qué?! ¡Erica!

La otra joven se rio de nuevo. Mientras llegaban a su destino, optó por buscar un sitio para aparcar. Tras casi cinco minutos de búsqueda, la muchacha de pelo azulado emitió casi un grito de alegría al ver que un coche se marchaba a pocos metros de distancia, bajo las luces de neón de un letrero cercano y de aspecto exclusivo.

—¿Qué? —se defendió, risueña—. ¿Me estás diciendo que Liam no es un buen partido?

Elaine entrecerró los ojos y arrugó el gesto.

—No digo que tu hermano no sea atractivo —refunfuñó—, pero...

Erica enarcó una ceja, sin perder de vista el coche de detrás mientras maniobraba.

—¡Es broma, mujer! —afirmó burlona, sin poder contener una ligera carcajada, antes de reprimir apenas un gesto de júbilo por haber aparcado a la primera—. Pero... ya te dije que puedo hablar con él para que te ayude con las pruebas de acceso a Derecho en Benwick. Me comentaste que eran infernales ¿no?

Elaine tragó saliva. Aunque fuese algo casi impuesto a todos los jóvenes graduados de su estrato social desde hacía más de medio siglo, lo cierto es que aquella perspectiva era de las pocas que la emocionaba hasta extremos insospechados. Estudiar una carrera que la fascinaba, en un ambiente que parecía hecho a su medida de alumna aplicada... ¿Podía pedir más para su futuro inmediato? Claro que eso suponía dejar solo a Ken gran parte del año, pero eso era algo en lo que la joven prefería meditar más adelante...

De cualquier manera, dedicarse al derecho en un futuro cercano era uno de sus mayores sueños; pero, como había dicho Erica, también una verdadera odisea. Y si un abogado licenciado en Bewick podía echarle una mano, mejor que mejor. Después de la Guerra de los Recursos, aquella Universidad había surgido de entre las cenizas de los antiguos centros de estudio del país para convertirse en el nuevo neurálgico de la cultura, el estudio y las letras, siendo ya el centro de estudios superiores de más renombre de Nueva Britania. Y Erica era la benjamina de uno de los fundadores del prestigioso bufete de abogados Franklin & Jones. Su hermano mayor, Liam, era el digno heredero de la firma tras haberse graduado con honores en Derecho por la citada universidad. De ahí que Elaine hubiera aceptado la oferta de Erica casi sin pensárselo dos veces. La muchacha podía tener convicciones muy férreas sobre el esfuerzo personal y lo reconocía, pero tampoco era tonta...

La joven de pelo azul, por otro lado, era una de esas excepciones que confirman la regla de las altas esferas. En vez de llegar a lo más elevado de la sociedad como establecía su rango, su mayor sueño en la vida tras salir del instituto era estudiar las oposiciones para convertirse en policía. Su aspiración: trabajar en la flamante capital burocrática y política de Nueva Britania, Camelot. La ciudad había sido bautizada por Sir Arthur Drake, uno de los Primeros Ministros del país tras la Gran Revelación, en honor a la urbe más importante de las leyendas antiguas de las islas. Como símbolo quizá del deseo de los neo-británicos de volver a ser un

bastión de renombre en toda la Tierra. Pero, con los años, se había convertido más en un nido de burocracia y política al que Elaine recordaba haber ido apenas una decena de veces en su vida; quizá acompañando a sus padres en algún viaje diplomático, o a alguna gala importante con la flor y nata nacional...

Aun así, a pesar de su estricta educación familiar y sus firmes creencias sociales e históricas, la joven Forest había aprendido a querer a Erica tal y como era desde hacía muchos años. Concretamente, desde aquella vez en que esta la había salvado de unos abusos en la escuela primaria, con tan sólo diez años. Desde entonces, las dos chicas habían sido casi inseparables. Y ahora, casi recién cumplidos los dieciocho, era el momento de decidir lo que querían hacer con su futuro.

—Sí, eso he oído —replicó Elaine al final, dubitativa, antes de alzar el rostro y encararla con ojos brillantes—. Gracias, Erica. Por todo.

La otra le quitó importancia con un gesto de la mano, aun sabiendo a qué se refería.

—No hay de qué, pequeña. Ya lo sabes. —De repente, su semblante cambió y ambas se sobresaltaron cuando alguien golpeó con los nudillos en la ventanilla del pasajero—. ¡Aera! —la saludó Erica con efusividad, bajándose de inmediato del coche—. ¡Me alegro de verte!

—Y yo a ti, compi —sonrió la aludida, comedida como de costumbre.

A pesar de medir casi metro setenta, Elaine siempre había pensado que Aera Lee parecía una muñeca de exposición: tenía el su rostro redondo, la boca diminuta, los ojos rasgados y el cabello negro y liso, que caía hasta las caderas en una elegante cortina. La joven Forest la saludó a su vez, con cariño, nada más salir del coche.

—¿Dónde están Vanessa y Vivien? —quiso saber entonces Erica, antes de abrir mucho los ojos y alzar una mano para saludar a dos figuras que les hacían señas desde una cola situada unos metros más allá—. Ah. ¡Ahí están! ¡Hola, chicas!

Elaine, por su parte, tras adivinar hacia dónde se dirigía la cola en cuestión, se quedó casi petrificada en el sitio. Ciertamente no había estado muchas veces de noche en el Centro Histórico; sobre todo, había acudido a la biblioteca o a tomar algún café con sus amigas cuando el ambiente en la Zona Alta se les hacía demasiado “estirado”, digamos. Sin embargo, todo el mundo en Daleth había oído hablar de aquel lugar, enorme y amenazante a pesar de la abundante iluminación, que ahora se alzaba, frente a su menuda figura. El “*Fairy Kingdom*”. El casino con más renombre de la costa oeste de Nueva Britania. La joya de la corona del juego de Daleth.

—Elaine... —la llamó Erica, deteniéndose a su vez al ver que la muchacha no terminaba de reaccionar y tampoco avanzaba un paso más—. Eh —insistió, acercándose y tomándole una mano, lo que pareció devolver a su amiga a la realidad—. ¿Estás bien?

Durante unos segundos, Elaine se sintió incapaz de articular palabra. Pero, al cabo de ese rato, fue capaz de susurrar:

—Es una broma ¿verdad?

Erica, entonces, pareció comprender y una expresión indefinida se adueñó de su rostro. Por supuesto: igual que Elaine, conocía la opinión que tenía todo el mundo en la Zona Alta sobre el juego y las “diversiones banales”, como decían los más mayores. Para la mayoría, sólo una forma más de perder tu reputación y tu dinero de una forma estúpida. Sin embargo, ambas también sabían que la benjamina Franklin no iba a dar su brazo a torcer. Ni siquiera vendiendo los conocimientos de su hermano, digamos, por el camino.

—Venga, Elaine —le pidió, componiendo un puchero al ver que esta arrugaba de nuevo el morro en un gesto muy suyo—. Por Benwick ¿vale?

Elaine apretó los puños y frunció más el ceño, casi como una niña con pataletas.

—Esta te la devuelvo ¿de acuerdo? —le juró, molesta.

A lo que Erica se limitó a sonreír, exultante de haber ganado la partida, antes de tirar de una sorprendida Elaine hacia la cola.

—¡Ah! ¡Ya estáis aquí! —las reprendió Vanessa en broma, ladeando su cabeza coronada por un corte a lo *Bob* de color morado intenso.

Era un año y tres meses mayor que todas ellas. Sin embargo, pero el poco apego por el estudio y su preferencia, en cambio, por las actividades físicas le había hecho repetir curso; claro que eso le hizo pasar de una clase donde todo el mundo la acusaba de “chicazo” a un nivel escolar donde había encontrado un grupo de amistades verdaderas. Vivien, por su parte, se mantenía como de costumbre en un segundo plano. Tenía los brazos cruzados, los ojos oscuros y pequeños entrecerrados y la nariz un poco fruncida, lo que hacía resaltar sus abundantes pecas bajo los mechones de cabello corto y pelirrojo oscuro. Hasta donde Elaine recordaba, era una joven callada y estudiosa de su misma clase; pero, a pesar de ser ambas alumnas aplicadas, Elaine y ella no habían cruzado muchas palabras ni dentro ni fuera del grupo de Vanessa.

—Hola, Elaine. ¿Cómo estás? —preguntó esta última, acto seguido, al observar cómo la muchacha rubia avanzaba casi escondida tras Erica.

—¡Ah! Hola, Vanessa —respondió la aludida, educada, tras ser descubierta sin remedio—. Muy bien. ¿Y tú?

La otra joven se limitó a mostrar una sonrisa y asentir, indicando que el sentimiento era mutuo.

—Bueno, Vane. Entonces, dispara —se adelantó entonces Erica, enfocando a la primera joven con los brazos en jarras—. ¿Estás segura de que nos dejarán entrar?

La muchacha de pelo corto guiñó un ojo a la demandante y, por un instante, Elaine rezó porque no les permitieran el acceso. Algo que se desmintió del todo cuando la del pelo morado respondió:

—Creedme. Si digo que vengo de parte de Isabelle, no creo que haya ningún problema.

Elaine entrecerró los ojos, haciendo memoria. La mentada era la hermana menor de Vanessa y tenía casi la misma edad que el resto de las presentes, con la suficiente diferencia de meses para estar tan sólo un curso por debajo en la escuela. Al menos, si siguiera estudiando. Pero la joven Isabelle había abandonado la escuela casi al mismo tiempo que su hermana comenzó a repetir curso, lo que había provocado un verdadero escándalo en según qué círculos de la Zona Alta. La familia Lionheart no había pasado un buen momento y Bors Lionheart, el anciano cabeza de familia había tenido que hacer casi lo imposible porque sus inversiones bursátiles no se vieran abocadas al desastre. Por suerte, su yerno Gerald y esposo de la hermana mayor de Vanessa e Isabelle, Madeleine, era un joven brillante y prometedor que había dado con la clave para mantener la empresa a flote. Durante muchos años de adolescencia, Elaine había fantaseado con conocer, enamorarse y casarse con alguien como él. Sin embargo, en ese instante, la voz de contralto de Vanessa la devolvió de nuevo a la realidad con la violencia de un mazazo.

—Además... nada me va a impedir ver a esa maravilla esculpida por los ángeles que tienen bailando ahí dentro...

En su nebulosa de ensoñación y ligera irrealidad por todo aquello, sumado a lo que acababa de escuchar, Elaine creyó atisbar apenas una sombra de celos en el rostro perfecto de Aera ante aquel comentario; pero fue tan rápido y sus amigas la arrastraron hacia delante en la cola tan de súbito, que la joven casi pensó que se lo había imaginado.

«Una maravilla esculpida por los ángeles... ¿Una mujer?», elucubró entonces Elaine, sin contemplar otra posibilidad por pura inercia. «Pero, si es así ¿por qué me traen a mí?»

Sí que era cierto que a varias de sus amigas les atraían tanto hombres como mujeres y más de una había tenido ya relaciones con ambos sexos; de ahí que la reacción de Aera, de ser real, pudiera ser incluso comprensible. De hecho, nunca había sido un secreto que la joven de ascendencia coreana había tenido episodios algo obsesivos con la muchacha de cabello morado. Sin embargo, esta nunca parecía darse por aludida. O eso, o prefería consentir a Aera hasta que esta se cansara.

Elaine, por su parte, hasta la fecha solo se había sentido atraída por hombres, pero lo cierto es que ninguno que conociese entraba como tal en la definición expuesta por Vanessa. Más bien, todos los ricos de la Zona Alta tendían a lo contrario, un físico más bien esmirriado; la mayoría de las veces, generado por un exceso de trabajo de oficina o laboratorio que no dejaba tiempo para nada más. Por todo esto, Elaine entendía aún menos por qué Erica la había arrastrado hasta allí. Sin embargo, un apretón de la mano de esta en su muñeca y una pequeña sonrisa de aliento hicieron que la muchacha inspirase hondo, dispuesta a sufrir lo menos posible en lo que durase aquel trance.

En su mente y mientras sus pies la conducían a la entrada del casino, se repitió varias veces que hacía aquello sobre todo por Erica y por su promesa de que Liam la ayudaría con sus exámenes. Sin

quererlo, Elaine seguía sintiendo un extraño nudo de terror en sus entrañas que se acentuaba a cada paso que daba hacia la puerta. Una ligera vocecita en su cabeza le gritaba que no debería estar allí; pero otra, igual de estridente y no muy conocida hasta la fecha, se moría por salir de la sempiterna zona de confort y disfrutar de la vida por primera vez. Elaine resopló, sintiendo un comienzo de jaqueca por culpa de aquellas dos partes enfrentadas en su interior. Pero todo se disolvió cuando, como por arte de magia, el grupito de chicas llegó por fin a la puerta del casino y cruzaron sus puertas decoradas en púrpura, rojo y bronce.

El acceso, como Vanessa había anticipado, fue pan comido en el momento en que esta presentó las invitaciones que le había facilitado su hermana menor. Sin embargo, Elaine apenas fue consciente de nada más en cuanto sus ojos se posaron en los primeros adornos del interior del edificio. Lo primero que se podía ver, nada más entrar, era un ornamentado recibidor plagado de motivos florales y vegetales. Entre los mismos, como si fueran la savia de aquellas ramas artificiales, fluían cadenas de LED de colores intermitentes que alternaban entre el blanco, el verde y el azul pálido. Bajo las falsas copas y a nivel del suelo, sin embargo, se podían observar también algunos elementos más terrenales. Por ejemplo, un guardarropa y la puerta de un aseo.

Ignorando las muecas de estupor de todas sus amigas, ya que Elaine no era la única que se había quedado extasiada mirando a su alrededor, Vanessa se adentró entonces en el recibidor con el mismo aire que si fuese la dueña del lugar. Con sus botines de tacón de aguja, los pantalones de cuero ajustados, el top y la chaqueta corta con cuello de falso pelo, la mediana de los Lionheart parecía hecha para aquel ambiente. Sus amigas la siguieron casi por instinto hasta el mostrador del guardarropa. Las chicas dejaron las chaquetas allí; en el preciso instante en que la puerta a la sala de juegos del casino, el corazón del “*Fairy Kingdom*”, se abrió para ellas y las dejaba aún más boquiabiertas.

El suelo era de moqueta tricolor, siguiendo el diseño que ya habían visto en las puertas exteriores de rojos, violáceos y bronceos. Aparte, la tenue iluminación y el paso de ramas de LED sobre sus cabezas, de igual manera, hacían que incluso los caprichosos dibujos de la mullida superficie danzaran a su paso. Por otra parte, las paredes del amplio salón y el alto techo, casi acabado en cúpula, mantenían el mismo patrón decorativo que el recibidor. Los troncos artificiales se adherían a las paredes de yeso y escayola, ascendiendo hasta formar casi una bóveda vegetal. De esta pendían, como delicados pendientes, cientos de cristales rosados y tallados en forma de hoja. Entre los mismos, tres enormes lámparas de araña aportaban la máxima iluminación, alternando bombillas de los mencionados colores y dando al ambiente un aire incluso más psicodélico.

Entre los árboles, por otra parte, se extendía el verdadero atractivo del casino: mesas de póker y de *blackjack*, ruletas y máquinas tragaperras se alternaban en el amplio espacio disponible, aunque ninguna disposición estaba escogida al azar. Cada puesto de juego estaba situado a una distancia calculada del resto, formando ondas que simulaban una especie de sinuoso laberinto a través del salón. Por el contrario, al fondo y a la izquierda se extendía una barra larga y ricamente adornada con motivos silvestres, conectando con dos plataformas situadas a diferentes alturas que hacían las delicias de aquellos que querían descansar del juego; y, de paso, tomar un trago.

Por otra parte, los empleados que pululaban de acá para allá por el salón también se mimetizaban a la perfección con el entorno. Los camareros vestían como duendes, en tonos verdes y atuendos con pantalones ajustados hasta la rodilla, zapatillas bajas y cortes de pico en las costuras de las camisetas. Las camareras, por otra parte, vestían conjuntos que combinaban lo ceñido del bodi azul o rosa pálido, según el caso, pero siempre cubierto de purpurina; con minifaldas de vuelo a juego y unos velos cortos que nacían de la

espalda y caían hasta la base de los muslos, simulando alas vaporosas. Por último, los y las crupier vestían como elfos del bosque, con trajes verdes y pequeñas capas a juego sujetas con broches en los hombros. Todo parecía sacado de un cuento de hadas o algún mágico universo alternativo. Sin embargo, las chicas apenas habían dado diez pasos hacia el interior, seguidas de otra veintena de jóvenes de distinto género, antes de que un vozarrón se escuchara a sus espaldas, sobresaltándolas:

—Pero ¡dichosos sean mis ojos! ¡Si es Vanessa!

NO COPIAR

## *Encuentros en la antesala*

La aludida se giró, con lentitud calculada, al tiempo que una discreta sonrisa de bienvenida asomaba a sus labios.

—Señor Zhu —saludó con naturalidad—. ¿Cómo está?

El recién llegado, por su parte, le devolvió el gesto e hizo una inclinación educada de cabeza hacia la muchacha. Las amigas de esta, en cambio, lo observaban con mal disimulada sorpresa. Wan Zhu era un hongkonés enorme y corpulento de unos cuarenta años; mediría cerca de metro noventa y sus músculos de exluchador destacaban bajo la camisa y la chaqueta sin apenas esfuerzo, con cada movimiento que hacía. Quince años atrás, cuando la lucha libre se había declarado práctica ilegal y peligrosa en toda la nación, Zhu había tenido que salir adelante en la vida sin recurrir a sus puños. Y la elección, siguiendo sus aficiones de juventud, había sido regentar un lucrativo casino en la ciudad que lo vio nacer.

—¡Bah! Ya sabes —respondió este a la pregunta de Vanessa, encogiéndose de hombros con cierta falsedad—. El negocio va viento en popa, pero nunca me puedo descuidar o... ¡los tiburones se lanzarán sobre mí!

El hombretón hizo entonces un gesto elocuente ante el cual, dependiendo del caso, las amigas de Vanessa rieron avergonzadas o

se refugiaron más tras su espalda. Este último fue el caso de Elaine. Sin embargo, el dueño del *Fairy Kingdom* no pareció reparar en ninguna de sus reacciones mientras la mediana de las hermanas Lionheart atraía de nuevo su atención.

—Lo entiendo —asintió—. Espero que siga tratando tan bien a Bells como siempre —apuntó entonces.

La sonrisa de Zhu se ensanchó antes de convertirse en una breve carcajada.

—¡Por supuesto, querida! —afirmó, con un brillo peculiar en los ojos—. Sin duda, Isabelle es de lo mejor que le ha pasado a este casino en años. Los clientes la adoran y... Bueno, mi tranquilidad en cuanto a su bienestar sabes que tiene nombre y apellidos rubios... —agregó, señalando a la barra.

Todas las chicas siguieron la dirección indicada con la vista, unas con más curiosidad que otras. Incluso en la distancia, todas ellas pudieron atisbar una cabellera rubia y despeinada que brincaba y corría de un lado a otro al otro lado del ornado mostrador. Su propietario servía bebidas y cócteles con una habilidad que ninguna pudo dejar de apreciar. Vanessa, por su parte, se limitó a asentir con expresión conforme, como si supiera exactamente de lo que hablaba el hombretón. Sin embargo, la conversación se detuvo en ese instante cuando uno de los guardaespaldas de Zhu se acercó y le susurró algo al oído. El mensaje, fuera el que fuese, cambió el rostro del empresario en un segundo. De un momento a otro, este se disculpó con las chicas mostrando una brillante sonrisa y las dejó aclimatarse al ambiente del casino, retirándose hacia el exterior de este. Tras superar el primer momento de estupor, Aera y Erica fueron las primeras que asaltaron a Vanessa con multitud de preguntas emocionadas:

—¡Vanessa! ¿Lo conoces?

—Hala, ¡qué fuerte! ¿Cómo es posible?

—Y, ese chico rubio ¿quién es?

—Sí, ¡tienes que contarnos más!

—Chicas. ¡Chicas! —se zafó Vanessa con elegancia, recomponiendo su atuendo con parsimonia mientras sus amigas la observaban, expectantes; casi como si no fuera consciente de la ansiedad que provocaba la ausencia de respuesta—. Las preguntas, una a una —miró el reloj—. Aún nos queda un buen rato para la sesión de baile. ¿Echamos unas apuestas? —propuso, en cambio.

Aera y Erica, a pesar de morirse por cotillear más sobre Wan Zhu, mostraron su entusiasmo por el juego al unísono y Vivien se limitó a asentir con sequedad. Elaine, por su parte, aún miró a su alrededor durante un par de segundos; antes de musitar, insegura:

—Yo... creo que voy a pedir algo de beber y a sentarme allí —musitó mientras señalaba la barra y los sillones sobre las plataformas elevadas; tratando al mismo tiempo de ignorar los ceños fruncidos o las cejas enarcadas, dependiendo del caso, de sus amigas—. Luego os veo ¿vale?

Casi sin darles ocasión de replicar, la muchacha se acomodó entonces el pequeño bolso sobre el hombro antes de dar unos pasos en la dirección indicada. Sin embargo, una mano sujetando su muñeca unos segundos después la hizo frenar en seco. Para su sorpresa, Erica estaba justo detrás de ella; pero no parecía querer retenerla, más bien todo lo contrario.

—Voy contigo, El —le confirmó.

Esta miró hacia Vanessa y las otras chicas, que ya se alejaban hacia un puesto de ruleta sin mirar atrás dos veces, y enrojeció sin querer.

—No hace falta que vengas si no quieres, Eri —le aseguró—. En serio. Además ¿no querías saber más acerca de ese chico de la barra?

La futura aspirante a policía sonrió con intención.

—¡Ja! Si hace falta, ya me enteraré después por Aera —aseguró, confiada—. Y no es nada que no pueda adivinar sumando dos y dos... —Ante el estupor de Elaine, sacudió la cabeza y le pasó una mano por la espalda—. Venga. Vamos a pedir algo y nos sentamos tranquilas hasta que empiece el *show*.

Elaine asintió, poco convencida, al tiempo que aquella palabra atraía su atención y volvía a meditar sobre ello, igual que en la cola de entrada. Vanessa había dicho que venían a ver a alguien bailar, y ahora Erica confirmaba que asistirían a un espectáculo. ¿Cómo y cuándo? La joven no tenía respuesta a ello.

Al menos, hasta que avanzaron unos metros más. Cuando estaban a punto de llegar a la primera escalinata corta que conducía al *lounge* del casino, unas puertas oscuras a su derecha se abrieron, sobresaltándola. Al estar en la zona más alejada del casino e iluminadas apenas con algunas luces tenues de colores violáceos y azulados oscuros, Elaine no se había percatado de su existencia hasta ese momento. Del interior salieron entonces casi una cincuentena de personas que hablaban, charlaban y reían animadas. La confusa joven apenas captó algunas palabras de lo que se decía, tras ser instada por Erica a seguir hacia la zona del bar. Sin embargo, sí que escuchó los conceptos “bailarines”, “barra” y “excitante”, lo que redobló el extraño nudo sobre su estómago. ¿En qué diablos había aceptado meterse, saliendo aquella noche?

—Eh ¿estás bien? —le preguntó Erica cuando se sentaron en dos amplios asientos acolchados, viendo que la muchacha rubia estaba algo pálida.

En ese momento, un camarero joven se acercó para preguntar qué querían y la del pelo azul, antes de que Elaine dijese nada, pidió por las dos: una cerveza y una sidra para su amiga.

—Sé que te gustará —aclaró, al ver la mirada inquisitiva de esta.

Elaine, por educación y por costumbre, nunca se había atrevido a beber alcohol; al menos, más allá, del tradicional vino blanco o rosado que se estilaba en la Zona Alta y que casi suponía un pecado no haber probado jamás. Nunca en exceso, por supuesto. Una señorita de buena familia nunca lo hacía, al igual que muchas otras cosas. Sin embargo, si hablaban de otras bebidas, una espontánea Erica le explicó que las sidras eran de lo más suave que existía en el mercado.

—Y ¿tú te pides una cerveza? —se atrevió a preguntar Elaine, casi en tono burlón. A solas con Erica, era como si el resto del mundo desapareciese y pudiese ser quien realmente era, sin temores ni timidez. Si bien era cierto que los Franklin nunca habían tenido la rectitud educativa con sus hijos que los Forest para muchas cosas, Elaine también tenía que reconocer que nunca se sentía tan relajada como cuando estaba con la siempre chispeante Erica. Y eso, por enésima vez, le hacía agradecer que al menos ella la acompañase en aquella extraña noche—. Luego tendrás que conducir y volver...

A lo que su amiga se encogió de hombros con ligereza y replicó:

—¡Bah! Todavía quedan horas, El. —Señaló hacia las extrañas puertas que habían dejado atrás y, ahora, estaban cerradas de nuevo—. Las invitaciones de Isabelle eran para dentro de una hora, casi. Así que tenemos tiempo...

Sin casi pretenderlo, Elaine trató de contener un gemido ante aquella perspectiva de estar esperando tanto rato. Por un instante, al

escuchar a Vanessa creía que todo sería mucho más rápido. Pero, por lo visto, no iba a ser así. Cuando trajeron la sidra, unos segundos después, la joven se limitó a aceptarla con un comedido “gracias”. Buscando distraerse, dio el primer sorbo mientras miraba hacia el enorme salón de juegos, sumida en sus tensas reflexiones. En honor a la verdad, aquel sabor agridulce tampoco estaba tan mal, pero eso no era el motivo por el que la joven Forest aún mantenía los labios fruncidos. Por supuesto, debió saber a aquellas alturas que a Erica no se le escapaba nada y más cuando esta abrió la boca para preguntar suavemente:

—Esto es extraño ¿verdad?

Elaine se irguió al sentirse pillada en falso, pero se relajó de inmediato en cuanto comprobó que Erica solo la miraba con cariño genuino, esperando su respuesta. Su amiga rubia trató de poner en orden sus ideas, sin lograrlo del todo. De hecho, sólo consiguió articular:

—Qué diferente es todo...

Erica, avispada, no tuvo más que escuchar entre líneas en aquella respuesta para saber qué cruzaba por aquella rubia cabecita.

—Los tiempos están cambiando, Elaine —afirmó, sin alzar el tono—. Y... nosotras, ahora, somos las adultas responsables de crear nuevos futuros.

La otra muchacha no respondió, sino que se quedó mirando a algún punto indefinido de la sala con la sidra en una mano, el ceño fruncido y los labios apretados. Erica, desde hacía años, sabía casi con exactitud lo que significaba esa pose:

«Te escucho, pero aún necesito decidir qué opino al respecto. De momento, no estoy convencida de lo que me dices, pero no te lo diré todavía».

Por todo ello, quizá, la del pelo azul no insistió más. Pasaron varios minutos en los que ambas jóvenes se quedaron así, sentadas con sus bebidas en la mano, tan solo observando a la gente que iba y venía por los niveles inferiores. La mirada de Elaine, en un momento dado, tornó en dirección a las extrañas puertas oscuras. Reflexionando, de nuevo, sobre qué podrían esconder y sin llegar a ninguna conclusión válida. Desde allí, la muchacha apenas distinguía los finos vinilos pegados sobre las hojas negras; aunque tampoco la tranquilizaba en absoluto ver que se trataba de un hombre y una mujer apoyados en actitud sensual sobre las jambas.

No obstante, antes de que Erica se decidiera por fin a abrir un nuevo tema de conversación más banal y agradable para su mejor amiga, una voz suave y arrastrada resonó a sus espaldas:

—¿Elaine? ¿Elaine Forest?

Como si la hubiesen pinchado, la aludida se giró en el sitio, estupefacta al reconocer quién la llamaba. Un joven elegante de largo cabello teñido de rojo que la observaba, desde medio metro más arriba, con dos enormes ojos rasgados y verdosos.

—¡Ah! ¡Señor Fairmont! ¡Qué sorpresa! —atinó a responder la joven, una vez repuesta.

El citado sonrió e inclinó la cabeza, devolviendo el saludo.

—Ya me parecía que eras tú —comentó, en un nuevo susurro—. Pero, por favor: tutéame. Nos conocemos desde hace tiempo ¿no?

Elaine enrojeció al tiempo que sonreía, avergonzada.

—Claro... Goliath —se corrigió entonces, antes de mirar a su alrededor—. Pero ¿qué haces aquí?

El otro joven, unos años mayor que ella, le dirigió una mirada en la que parecían mezclarse el humor con algo indefinido que Elaine no identificó.

—Bueno... Supongo que lo mismo que todo el mundo ¿no? —hizo un gesto displicente—. Disfrutar un poco de la noche de Daleth. ¿No estás de acuerdo?

La muchacha, por su parte, tragó saliva y se notó enrojecer aún más, sin saber qué responder. Sin embargo, la atención de Goliath se acababa de desviar hacia Erica, lo que le ahorró un poco el tener que admitir por qué estaba ella allí y sentirse aún más abochornada.

—No nos conocemos, creo —dijo el joven, tendiendo la mano a la amiga de Elaine—. Goliath Fairmont.

Erica, volviendo a ser la hija de familia rica en un instante, aceptó los finos dedos del hombre entre los suyos y respondió con elegancia:

—Conozco su reputación, señor Fairmont. Es un verdadero placer. Soy Erica Franklin.

Goliath la observó con una extraña y renovada curiosidad.

—¿Franklin? —repitió—. Por casualidad ¿tiene alguna relación con Jeremiah Franklin, de Franklin & Jones?

Erica, sonriendo con cierta tristeza velada, asintió antes de confirmar:

—Sí. Era mi padre.

El otro joven imitó su gesto, sin poder ocultar en su rostro el aprecio hacia aquel apellido.

—Su padre fue un gran hombre, señorita Franklin. Y un profesional intachable. Lo echaremos de menos durante mucho tiempo. —Erica aceptó el pésame con una educada inclinación de cabeza, sin perder la sonrisa amable. Goliath, por su lado, le devolvió el gesto y se giró de nuevo hacia la joven Forest—. Tengo que retirarme ya, pero ha sido un placer, Elaine. Espero que volvamos a vernos pronto.

—Claro —repuso ella, educada—. Que tengas una buena noche.

—Lo mismo digo. Señorita Franklin...

—Señor Fairmont —repuso Erica, mientras el joven comenzaba a alejarse; seguido de una silenciosa acompañante en la que las chicas apenas habían reparado hasta ese instante. Tampoco se la habían presentado. Su pelo lacio y decolorado hasta las caderas, tapando un vestido oscuro y ajustado hasta las rodillas, fue lo último que vieron de ella; al menos antes de que la joven de pelo azulado la olvidara de inmediato y se girara hacia Elaine, con los ojos como platos—. ¿Goliath Fairmont? ¿Estás de broma? —exclamó, atónita—. ¿Qué no me has contado?

—¡*Sch!* Baja la voz, Eri —la reconvino Elaine. La otra calló, pero siguió mirándola con la fijeza de un halcón—. No te he ocultado nada. La empresa de Goliath y la de mi familia han sido rivales sanos durante décadas. Ya lo sabes.

—Sí, lo sé —repuso Erica, ya bajando la voz—. Pero... Tal y como te trata... No sé. Parecéis íntimos.

Por supuesto, aquella insinuación provocó que Elaine enrojiera como una granada madura y por poco no se atragantó con el último sorbo de sidra.

—¿Qué? ¡No! —repuso, conteniendo la tos a duras penas. Cuando por fin pudo respirar, agregó—. Si te soy sincera, apenas lo conozco y es siete años mayor que yo, por el cielo —casi se escandalizó—. Aunque... sí sé que Goliath siempre ha sido muy cercano con la gente. Eso es lo que también da buena reputación a Fairtech. —Se encogió de hombros tras mencionar a la compañía del extraño joven y apartó la vista. Fairtech, como había mencionado, era sin ninguna duda la otra empresa más competitiva y reconocida de Nueva Britania en cuanto a innovación energética. Aunque desde siempre habían estado más centrados en la producción renovable que en la nuclear—. Supongo que lo de hoy ha sido sólo cuestión de protocolo...

—Ya... —murmuró Erica, antes de tomar un sorbo de su cerveza y quedarse mirando las mesas de juego, pensativa.

—De cualquier forma —agregó Elaine—, sé que la desaparición de Guinevere le hizo mucho daño.

Erica, por su parte, contuvo una risita a tiempo.

—Sí. Supongo que el hecho de que tu hermana se fugue con alguien de la farándula no debe ser plato de gusto para ningún “Alto” —se mofó sin maldad, usando a propósito el apelativo que todo el sur de Daleth aplicaba a los ricos y magnates de la Zona Alta—. Ya me entiendes...

Elaine, por su parte y sin saber ella misma muy bien por qué, arrugó el ceño a pesar de saber que bromeaba.

—¡Eri! ¡Esto es serio! —la reprendió entre dientes.

La otra joven rio con más ganas, ya olvidado todo recato e ignorando el tono de regañina.

—¡Vale, vale! Ya sabes que solo bromeaba —repuso, tratando de calmar los ánimos—. Aunque ya sabes lo que opino de estas cosas. Nosotras... ¡Eh! ¡Tú! ¿Qué diablos haces?

Elaine se tensó también al ver que, visto y no visto, ya no estaban solas. Sin que se hubieran percatado, tres chicos desconocidos las habían rodeado en los últimos tres segundos y uno de ellos, más valiente que los demás, había apoyado las manos con los brazos extendidos sobre el reposabrazos del sillón de Erica. La reacción de su amiga, por ello, estaba más que justificada. Sin embargo, el chico no respondió enseguida y los otros dos se situaron detrás de los respectivos asientos de las chicas.

—Vamos, preciosa... —susurró el “líder” del grupo, a pocos centímetros del rostro asqueado de la joven Franklin—. Todos sabemos que quien viene aquí es para pasarlo bien... y vosotras dos estáis muy solas... ¿No te apetece divertirme un rato?

Para desgracia del muchacho, el bofetón llegó visto y no visto; sorprendiendo a casi todos los presentes salvo a Elaine, que ya sabía cómo se las gastaba Erica en casos como este. Por otra parte, al agredido no le debió hacer demasiada gracia. Algo que demostró al recobrase de inmediato y mirar a Erica con odio evidente, al tiempo que se llevaba una mano a la mejilla afectada.

—¿Qué es lo que haces, zorra? —le espetó, ya perdido cualquier tono seductor en su voz—. ¿Quién te has creído que eres?

Sin esperar respuesta y ante la mirada impassible de la aludida, que no se había vuelto a mover del sitio, el chico se lanzó de nuevo hacia delante como un toro bravo para intentar atraparla. Pero la joven, versada en artes marciales desde hacía bastante tiempo, no tuvo dificultad en esquivarlo. Al contrario, en cuanto llegó a su altura, lo inmovilizó con una llave contra el suelo ante la estupefacción de sus dos acompañantes. Apenas pareció importarle

que el vestido se le desgarrara unos centímetros, en el costado de la falda, mientras apoyaba una rodilla sobre su espina dorsal.

—Creo que no sabes con quién te estás metiendo, campeón —le siseó al oído mientras tiraba de su muñeca hacia arriba, tras su espalda. El chico gimió ante el gesto, pero no respondió—, así que yo que tú me lo pensaría dos veces la próxima vez que quieras importunar a dos señoritas distinguidas. ¿Me explico?

El chico, asustado y probablemente incrédulo de que una muchachita vestida de raso lo hubiese tumbado con tanta facilidad, asintió con rapidez; justo en el instante que unos pasos retumbaban en la escalera y se aproximaban a ellos.

—¡Eh! ¿Qué está ocurriendo aquí? —quiso saber una voz autoritaria.

Erica alzó la vista al escucharlo. Al contemplar a los tres guardias de seguridad, soltó al desgraciado sin prisas y se levantó, ajustándose la falda con tranquilidad.

—Mis disculpas. Estos tres caballeros han intentado propasarse con mi amiga y conmigo —indicó, con irritación audible—. Solo he hecho lo que creía oportuno para evitar males mayores.

Los tres guardias la miraron, incrédulos, antes de ver como el chico del suelo se levantaba con esfuerzo y casi se refugiaba detrás del sillón donde había estado Erica, asustado. Sin embargo, tras varios segundos de estupor en las que toda la actividad del casino pareció detenerse a su alrededor, los tres vigilantes tomaron a los tres alborotadores por los brazos y, tras musitar una disculpa, se los llevaron hacia el exterior. Un segundo después, antes de que Erica o Elaine pudieran preguntarse mutuamente si estaban bien, sus otras tres amigas aparecieron por las escaleras a la velocidad del rayo.

—¡Chicas! ¿Estáis bien? —se preocupó Aera enseguida, inclinándose junto a la muchacha rubia como por instinto—. ¡Erica, tu vestido!

—Estamos bien —repuso esta con sequedad, sin preocuparse apenas del detalle indicado por la chica coreana—. ¿Qué hacéis aquí?

Vanessa soltó una risita gutural que no gustó a Elaine.

—Bueno, digamos que todo el casino te ha visto hacer esa llave. Así que algo me dice que no pasaremos desapercibidas esta noche...

«Maldita sea», rezongó la rubia para sus adentros.

Pero a Erica no parecía importarle.

—Que piensen lo que quieran —replicó. De hecho, cuando su vista se desvió un instante hacia la izquierda de la nuca de Elaine, su rostro cambió como por ensalmo y exclamó, con un nuevo tono excitado—. ¡Eh! ¡Están abriendo ya!

Todas las demás se giraron como una sola ante aquella afirmación, casi olvidando el incidente con los tres chicos. En efecto, las puertas oscuras ya empezaban a abrirse y a dejar entrar a aquellos privilegiados con invitación al misterioso espectáculo. Vanessa enseguida las instó, por tanto, a movilizarse y avanzar hacia la sala contigua; con lo que la joven Forest se limitó a levantarse de su asiento, alisarse la falda del vestido rosa y seguir a las chicas con el mismo ánimo que un cordero camino del matadero.

NO COPIAR

## *Magia Salvaje*

En el interior del misterioso salón, la penumbra era casi permanente, apenas rota por un tenue resplandor rojizo que parecía impregnar todo. De cualquier forma, a simple vista ya se podía deducir que no era demasiado amplio. Una vez sus ojos se acostumbraron a la extraña iluminación, Elaine comprobó que la zona de asistentes estaba ocupada por diversos sofás y asientos de cuero de aspecto caro. Pero lo que más sorprendió a la muchacha rubia, nada más entrar y en cuanto se adentró cuatro pasos en aquella estancia, fue el escenario que se abría a mano izquierda.

Las tres enormes plataformas circulares se erigían a apenas dos metros de distancia de la primera fila de sofás. La superficie principal, tapizada de algo que parecía linóleo imitando madera, se alzaba hasta más o menos la altura del pecho de Elaine. Sobre ella y coincidiendo con el centro de cada círculo, se erigían sendas barras metálicas; mucho más finas en comparación, pero cuyos extremos se perdían en las alturas de un techo que se alzaba a casi tres metros sobre sus cabezas. Entre los gemidos encantados de sus amigas, Elaine se dejó entonces conducir a su asiento. Demasiado tarde, se dio cuenta de que este se encontraba justo en primera fila, frente a la plataforma central.

—¡Erica! —quiso amonestar a su mejor amiga, teniendo que alzar la voz debido a la algarabía de conversaciones excitadas que se habían alzado a su alrededor en un instante.

Cuando se giró y sus miradas se cruzaron, en cambio, la aludida se limitó a sonreír con picardía y guiñarle un ojo; antes de, al contemplar su cara de circunstancias y casi terror, empujar el hombro de Elaine con el puño sin violencia. Acto seguido, Erica se inclinó para susurrarle:

—No querías que nos fuésemos atrás del todo y perdernos lo mejor ¿verdad?

Como única respuesta, su mejor amiga se limitó a sacudir su melena rubia, poner los ojos en blanco y apartar la vista de nuevo hacia el escenario. Pero, justo en ese instante, fue como si un velo cayese sobre la sala cuando las luces se atenuaron sin previo aviso; en apenas un par de segundos, dejando a la concurrencia a oscuras. Como era de esperar, algún asistente sin importar el género comenzó a vitorear y a exaltarse más de la cuenta ante la perspectiva del comienzo del espectáculo. Sin embargo, una suave voz femenina emergió entonces de varios altavoces, ocultos en la oscuridad, e hizo caer a la sala en un silencio sepulcral mientras pronunciaba:

*“Damas y caballeros. Buenas noches y bienvenidos al espectáculo “Magia Salvaje” del casino ‘Fairy Kingdom’. Les recordamos que, durante el espectáculo, no está permitido filmar ni tomar fotografías. De igual manera y aunque los bailarines se acerquen a ustedes en algún momento del espectáculo, les recordamos que, de acuerdo con la legislación vigente, está estrictamente prohibido realizar cualquier tipo de tocamiento indebido o tener actitudes indecentes con nuestros empleados. La*

*observación de dicho comportamiento provocará la detención del espectáculo y la expulsión de la sala de los infractores.*

*»Muchas gracias por su atención y que disfruten de la “Magia Salvaje”.*”

Elaine, estupefacta ante algunas de las frases de aquel anuncio y preguntándose, por enésima vez, dónde se había metido aquella noche, apenas fue entonces consciente de que las luces cambiaban y la música comenzaba a sonar sobre su cabeza. Sólo alzó la misma en el instante en que dos sombras, cinceladas en la tenue luz roja del inicio, se cernieron sobre ella y la obligaron a observarlas con la perplejidad pintada en el rostro.

Eran dos mujeres, eso era evidente. Una de ellas era sin duda más alta que Elaine, con una abundante melena ondulada recogida en una salvaje cola de caballo sobre la cabeza. La otra sería algo más baja de estatura que la joven rubia y su coleta era bastante menos espectacular que la de su compañera. Para Elaine, eran como la noche y el día. Sin embargo, no pudo dejar de apreciar que sus formas, generosas en ambos casos, estaban apenas cubiertas por dos bikinis ceñidos que dejaban bastante poco a la imaginación. Más aún cuando la coreografía comenzó y, en cánon, las dos bailarinas empezaron a ejecutar una serie de movimientos alrededor de sus respectivas barras; ya fuese sobre el suelo como en el aire, pero sujetándose a las mismas en todo momento. No obstante, Elaine se fijó en que solo usaban las de los extremos. La muchacha pasó entonces a clavar sus ojos oscuros y repentinamente curiosos en la barra central, aún vacía. ¿Dónde estaba la tercera bailarina? Porque, sin duda, aquello confirmaba su teoría de que aquel espectáculo estaba más destinado a aquellos atraídos por el sexo femenino.

En un momento dado, la música cambió, las bailarinas finalizaron la primera coreografía y, casi sin dar tiempo al público a respirar ni a aplaudir –cosa que muchos hicieron con gran entusiasmo–, comenzaron a ejecutar una segunda danza más sensual que la anterior. Donde antes había más técnica, ahora había más ondulación, más lentitud y más poses. Elaine se removió en el asiento, incómoda, al tiempo que comprobaba cómo sus compañeras observaban el espectáculo extasiadas.

«Maldita sea», rezongó la joven para sus adentros, apenas mirando hacia las plataformas y fijando la vista, casi sin quererlo, en algún punto lejano de la madera del escenario. «¿Quién demonios me mandaría a mí a...?»

Su hilo de pensamiento se cortó de golpe en cuanto la música cambió de nuevo, pasando a un ritmo mucho más frenético, y toda la sala emitió un jadeo colectivo como si contuviera la respiración. Solo entonces, casi como si fuera contra su voluntad, Elaine se atrevió a levantar la cabeza unos centímetros; y tuvo que reprimir un grito cuando, de sopetón, una sombra cayó frente a sus ojos a una velocidad inesperada. Sin embargo, la enorme figura que acababa de aparecer tan sólo se quedó aferrada a la barra central; quieta como una estatua mientras se mantenía en una posición ahorquillada donde sus piernas se mantenían rectas en dirección al techo, paralelas a su torso.

Tras la primera impresión, para incredulidad de todo el mundo, el recién llegado descendió despacio de la barra: primero, se aferró con las piernas a la misma. Después, bajó las manos al suelo del escenario; y, por último, hizo un arco de nuevo con el cuerpo hasta posar las plantas de los pies sobre el mismo. En el instante en que aquel extraño gigante se incorporó, Elaine pudo comprobar, con mayor estupor aún si cabía que antes, qué era en realidad aquella criatura salida de las alturas de aquel esperpéntico teatro. Y

corroboró por el rabillo del ojo que sus amigas estaban igual de incrédulas que ella.

Mediría cerca de dos metros de altura, a ojo. Sin embargo, su cuerpo fino y atlético casi lo hacía parecer más grande de lo que era. Bajo la nueva luz proyectada desde el fondo del escenario, dejando a los tres bailarines en la sombra para que solo se viera su silueta, Elaine juró que casi podía ver las curvas de cada uno de los músculos de aquel elegante gigantón. Cuando este se movió de nuevo y comenzó a ejecutar una danza individual sobre su barra, alternando movimientos muy sensuales con equilibrios estáticos que dejaron a toda la concurrencia boquiabierta, Elaine se percató, entre aterrada y maravillada, de que no podía apartar la vista de él. Lo que aquel bailarín hacía parecía un juego de siluetas, plasmado sobre el fondo del teatro, más que un simple baile acrobático.

Tras un par de minutos de espectáculo de luces y sombras, las dos bailarinas laterales regresaron entonces al centro del escenario. Bajo una iluminación algo más nítida y de tonos verdosos, los tres ejecutantes se sincronizaron para realizar diversas piruetas imposibles, al ritmo de una música más nueva y frenética que las anteriores. Fue en ese momento, bajo los nuevos focos, cuando Elaine pudo observar de verdad al fascinante bailarín central.

Era un hombre, sin duda alguna. La diferencia con los que había conocido la joven hasta la fecha, y que le hizo entender sin duda a qué se refería Vanessa unas horas antes, era que este tenía el cuerpo grácil y torneado bajo la piel pálida. La cual apenas quedaba oculta por unos bóxeres ajustados de raso rojo intenso y una especie de botas altas, escarlatas, de aspecto flexible. Elaine tragó saliva. Si lo miraba a la cara, esta quedaba medio escondida por una máscara blanca y roja que se asemejaba al rostro de una fiera, lo que casi hizo a la joven apartar la vista de golpe. Se sentía avergonzada, sucia y aterrorizada ante todo lo que estaba sintiendo esa noche. Si tan sólo...

No reaccionó a tiempo. El jadeo apenas contenido, aunque audible a pesar de la música, de todas sus amigas sin excepción hizo que Elaine alzase la cabeza de nuevo. Sorprendida, aunque sólo para encontrarse con una criatura salvaje que la observaba a una distancia mucho más cercana de la que desearía. Sin ser capaz siquiera de hacer reaccionar a sus cuerdas vocales para gritar, Elaine atinó apenas a retroceder por puro instinto. Después, la muchacha se pegó todo lo que pudo a la tela del sofá que tenía a sus espaldas. Durante un momento que se le hizo eterno, sus irises aterrados se clavaron en los pozos oscuros tras las rendijas para los ojos del antifaz; todo mientras el bailarín parecía esculpido en piedra frente a ella, apenas apoyado con sus largos brazos sobre el asiento de cuero. Sin embargo, al cabo de ese rato infernal, el curioso animal-humano se alejó en dirección a otros sofás, repitiendo el mismo proceso. Las amigas de Elaine, en cuanto se recuperaron de la sorpresa, quisieron felicitarla y chincharla a la vez porque el bailarín la hubiese escogido. Pero esta, aturdida como estaba, sólo era capaz de mantener los ojos clavados en la silueta de él mientras se perdía en la penumbra de la sala.

A partir de ahí y en cuanto los bailarines retornaron a sus plataformas, el espectáculo apenas tardó cinco minutos más en acabar. No obstante, Elaine notaba como si cada segundo le pesase en el pecho, impidiéndole respirar. Al día siguiente, con la cabeza fría, debería hablar en serio con Erica y aquella noche. Ella no estaba hecha para ese ambiente, no podía...

—Eh, El —la llamó entonces su mejor amiga, haciéndola volver a la realidad—. Eh ¿estás bien?

La aludida, sin saber qué responder, se limitó a sacudir la cabeza en un gesto vago. Erica, comprendiendo sin palabras, la ayudó entonces a levantarse. Juntas, ambas siguieron a Vanessa y a las otras dos chicas al exterior. Cuando todas estuvieron fuera, la conversación subió de volumen sin que Elaine lo pretendiera. De

nuevo, la felicitaron con envidia porque el bailarín se hubiese acercado justo a ella. Inmersa en su torbellino de emociones interno, Elaine tuvo la cordura justa para asentir, soltar alguna risita y esperar que sus amigas se conformaran con eso en cuanto a su apreciación del espectáculo. En efecto, un minuto después Aera estaba intentando llamar de nuevo la atención de Vanessa para que conociera su opinión, y Erica mantenía una oreja puesta en las chicas y la otra en su mejor amiga.

Vivien, por su parte, enseguida manifestó que se iba a casa y nadie la retuvo. Tan solo una cordial despedida, el agradecimiento por venir y el deseo de que se lo hubiera pasado bien. Elaine, por un instante, estuvo tentada de correr tras ella. Pero algo, quizá el deseo de no decepcionar a Erica más aquella noche, la impelió a quedarse al menos un rato más. Como un corderito, siguió a las chicas cuando quisieron jugar, aunque no apostó, y se tomó una nueva sidra en la barra del casino. Esta le fue servida por aquel misterioso joven de cabello rubio y encrespado que habían visto al entrar allí; por lo visto, era el novio de Isabelle Lionheart, la hermana de Vanessa. Sin embargo, aunque lo intentara, la benjamina de los Forest no podía ahuyentar su desazón por más que lo intentaba. Quizá por todo esto, a eso de la una de la mañana y apenas media hora tras haber terminado el espectáculo, Elaine anunció con una resolución que extrañó a todas las presentes, que se iba a casa. Erica, como suponía, casi tiró el vaso de soda que tenía en la mano al escucharla.

—Elaine ¿estás segura? —preguntó Aera la primera; extrañada y, al tiempo, preocupada.

Pero fue Erica la que, tras recuperarse, apuró el vaso de soda casi de un trago, lo dejó en la barra y se giró hacia ella con aire decidido.

—Te acompaño, Elaine —le dijo entonces, cogiéndola del brazo y casi arrastrándola hacia la salida en un instante, ante la perplejidad del resto—. ¡Ciao, chicas! ¡Nos vemos!

Sin embargo, cuál no fue su sorpresa cuando su mejor amiga, con una sonrisa confiada, se zafó suavemente de su gancho unos pasos más allá y la encaró de frente, ya a una prudente distancia de las otras chicas:

—Elaine ¿qué...?

—Erica, escucha. No te preocupes por mí, de verdad —le indicó—. No quiero arruinarte la fiesta a ti también.

La muchacha de pelo azul hizo un mohín, pillada en falso.

—Elaine, no digas eso, anda.

La aludida meneó la cabeza y contuvo una mueca divertida. Su mejor amiga tenía los ojos brillantes y estaba más exultante de lo normal desde que habían salido de aquel espectáculo de danza. A diferencia del resto de la noche, de repente había parecido olvidarlo todo salvo el hecho de que aquel bailarín escultural existía. Aera, Vanessa y ella no paraban de parlotear al respecto. Elaine sabía que, en el fondo, su interior luchaba por el deber de devolverla a casa sana y salva y el poder quedarse a disfrutar por una vez en sus vidas. Pero ella tampoco quería seguir pareciendo una carga y así lo dejó caer.

—En serio —insistió, sin alzar la voz, antes de bromear—. Vamos, Eri. Estoy segura de que sabré coger un taxi yo sola, a pesar de todo. —Aquello no parecía resolver el dilema de Erica, que la miraba con cara de circunstancias por primera vez en toda la noche. Así que Elaine, armándose de valor y de una extraña solidaridad por su mejor amiga, reiteró—. De verdad. Quédate y disfruta. Te lo has ganado y te lo estás pasando genial. —Sonrió—. Quédate.

En el fondo, no quería arruinarles la fiesta si ellas querían aprovechar la noche. Para Elaine, sencillamente, no era su ambiente y ella sabía que nunca lo sería. Su vida cómoda era poder acurrucarse en el sillón de su terraza de la Torre Forest con un buen libro y un té caliente. O ver una película entre amigas tiradas en el sofá. El ser un "animal nocturno", como lo llamaban algunos, no iba con ella. De cualquier manera, no pudo evitar conmoverse cuando Erica dijo:

—Vale. Pero avísame en cuanto llegues ¿de acuerdo?

Elaine sonrió y la abrazó.

—Por supuesto. —Y, antes de alejarse, agregó—. ¡Soy la primera que quiere evitarte la ira de mi hermano!

La salida del casino, a aquella hora y a pesar de estar en una avenida concurrida, fue más solitaria de lo que Elaine había imaginado. Tras pasar por el guardarropa, entregar su ficha y coger su americana blanca, la joven emergió a una clásica noche templada y húmeda de Daleth. Sin quererlo, se sintió algo desamparada, pero descartó tales pensamientos de un plumazo:

«Elaine. Ya eres mayorcita para saber moverte. No puede ser tan difícil coger un taxi aquí, aunque sea a estas horas...», se reconvino.

Más confiada y sintiendo que el aire fresco le despejaba las ideas, Elaine sacó entonces el móvil del bolso y abrió la aplicación para buscar la parada más cercana. Para su alivio, estaba en una avenida cercana, a menos de quinientos metros. Dado que las calles de la zona podían ser un poco intrincadas, Elaine comenzó entonces a seguir el mapa y a caminar en la dirección indicada, saliendo de la avenida de casino unos cincuenta metros más allá y girando a la derecha. Sus pasos la adentraron en una calle algo menor, plagada

de tiendecitas ya cerradas. Según el mapa, el siguiente giro a la izquierda debería conducirla hasta la parada. Envalentonada, Elaine apretó el paso hacia allí y se adentró, sin dudar, en la nueva calle indicada. Esta era algo más pequeña y oscura que la anterior y parecía ya más residencial que las anteriores. Pero la joven, confiando en su buena suerte, no dudó ni sospechó nada en ningún momento. Al menos, hasta que una voz desagradable y no del todo desconocida resonó a sus espaldas:

—Vaya, vaya. Pero si es la rubita del casino. ¿Dónde está tu guardaespaldas marimacho ahora, preciosa?

Elaine se giró con un grito, pero ya era tarde. Antes de poder reaccionar y sin haberlos visto llegar por su espalda, los tres chicos que habían intentado acosarlas en el casino la habían rodeado y bloqueaban todas sus vías de escape. Seguramente, la habían seguido hasta allí al verla salir. Y ahora Elaine estaba sola, asustada y a su merced.

## *El gigante misterioso*

«Maldita sea», se lamentó, mientras cerraban el círculo en torno a ella. «¿Por qué he tenido que venir sola?»

En ese instante, acorralada, la muchacha se arrepentía con todas sus fuerzas de haber rechazado volver con Erica. ¿Qué ocurriría si aquellos chicos le hacían daño? ¿Qué pensaría su hermano? La muchachano se atrevía ni a pensar en todas las posibles consecuencias de un desenlace así, fuera por el motivo que fuese. Así y mientras los chicos se acercaban a ella paso a paso, igual que un círculo de leones a punto de abatirse sobre su presa, la mente de Elaine trataba de elucubrar un plan de escape a toda velocidad. Sus sienes se perlaron de sudor, su pulso se aceleró y comenzó a jadear cuando los tres asaltantes llegaron hasta apenas medio metro de ella.

Solo entonces, cuando uno de ellos le agarró la muñeca con fuerza, la joven consiguió hacer reaccionar por fin a sus cuerdas vocales y chilló con todas sus fuerzas. Sin embargo, un bofetón de otro de los chicos la hizo callar. Al tiempo, Elaine trastabilló y contuvo un gemido cuando sus rodillas golpearon la dura acera, a la vez que la muñeca sujeta por el primer individuo tiraba dolorosamente de ella hacia arriba. El tercero, sin dudarlo un instante, le arrebató el móvil. Y, cuando Elaine quiso volver a protestar, el segundo acosador le tapó la boca con la mano:

—*Schhh* —le susurró, poniéndose en cuclillas para que sus rostros estuvieran a la misma altura—. No te preocupes, rubita... Si no vamos a hacerte nada malo. ¿Verdad, chicos?

Sus compañeros rieron por toda respuesta, lo que solo consiguió que la víctima se echase a temblar con más intensidad mientras maldecía su valentía por enésima vez. Los hombres a su alrededor parecieron encontrar aquello aún más divertido; porque el segundo se arrodilló junto a ella y, un segundo después comenzó a desabrocharse el botón del pantalón.

—Yo que tú soltaba a la señorita, amigo.

Los cuatro presentes se quedaron congelados en el sitio al escuchar aquella grave voz, procedente de unas sombras cercanas. Cierto que la calle tenía varias farolas encendidas, pero aún quedaban rincones en penumbra entre las mismas que permitían ocultar a una persona sin problema, como era el caso. Los dos acosadores que seguían de pie miraron a algún punto por detrás de la cabeza de su compañero y este se giró para imitarlos. Elaine apenas se atrevió a alzar la vista. Sin embargo, enseguida oyó cómo el que pretendía forzarla se levantaba, subiéndose de nuevo la cremallera y le espetaba al recién llegado:

—Métete en tus asuntos, imbécil. Este bombón es nuestro.

Ni el chico ni sus compañeros tuvieron tiempo de evitar lo que vino a continuación. Primero, el ambiente alrededor pareció espesarse hasta hacerse irrespirable. Un instante después, una sombra enorme salió de las sombras; y, visto y no visto, asestó un puñetazo en la cara al violador que lo tumbó en el asfalto cuan largo era. Sus dos compañeros, súbitamente aterrados, se quedaron quietos como estatuas mientras observaban a aquella alta figura enfrentándose a ellos. En cuanto esta dio un paso más hacia ellos, el rostro cubierto con una capucha color berenjena, los dos muchachos

decidieron que aquel no era su día de suerte y pusieron pies en polvorosa, aterrados.

—Toda para ti, grandullón —le gritó el que justo antes estaba sujetando la muñeca de Elaine. El otro arrojó el móvil junto a ella sin miramientos, logrando que la pantalla se resquebrajase sin remedio ante el impacto con la acera—. ¡Que la disfrutes!

Pasaron varios segundos hasta que los chicos desaparecieron de la vista, tras la primera esquina que encontraron. Pero, incluso después de eso, una asustada Elaine continuaba arrodillada en el suelo, casi acurrucada sobre sí misma y sin atreverse a mirar a su supuesto salvador. O ¿se cumpliría lo que había gritado aquel chico?

—Eh. Eh, señorita. —Para cuando Elaine quiso darse cuenta, el hombre que la había rescatado se había acuclillado a su lado y trataba de mirarla a la cara a través de la cortina rubia que le cubría el rostro, todavía inclinado hacia el suelo—. Eh. ¿Estás bien? —preguntó él, en un tono amable que casi la sorprendió, cuando comprobó que había captado su atención—. Tranquila. Ya se han ido.

La joven, aún aterrada, se atrevió entonces a alzar unos centímetros la cabeza y encarar del todo a su salvador. Tenía los ojos de un color rojizo oscuro, casi como de caramelo intenso. Y, ahora que se había bajado la capucha, Elaine comprobó que tenía el cabello de un extraño tono platino. Un rasgo poco corriente en la sociedad presente, pero que desde hacía algunas décadas se había asumido como parte de la genética heredada de las últimas invasiones nórdicas a Nueva Britania, hacía más de un milenio. Durante muchos siglos se había considerado un color de cabello asociado a los malos augurios y la magia negra, con lo que se había perseguido y asesinado a sus portadores como si fuesen auténticos demonios. Sin embargo, el hombre joven que tenía delante no parecía agresivo, más bien al contrario.

Aun así y todavía en estado de choque, Elaine no supo contestar de buenas a primeras cuando él comentó que el peligro ya había pasado. Había algo involuntario que paralizaba todo su cuerpo y su lengua, sin permitirle responder de buenas a primeras. A duras penas, consiguió asentir con brevedad y el semblante del joven pareció relajarse un poco.

—Menos mal. Esos matones son habituales por aquí, a pesar de ir tan bien vestiditos —explicó—, pero no te preocupes. No volverán.

Elaine tragó saliva, sin saber qué contestar, antes de enfocarle de nuevo, en el momento en que él se levantó. La muchacha contuvo un jadeo involuntario al ver su tamaño: mediría cerca de dos metros, con lo que ella apenas le llegaba por debajo del pecho con la coronilla. Sin embargo, Elaine tuvo una extraña sensación de seguridad con aquel extraño de pelo claro, incluso estando así arrodillada frente a su enorme estatura.

—Vamos, te acompaño a la avenida para que cojas un taxi —la instó él.

El hombre le tendió entonces una mano para ayudarla a levantarse. Sin embargo, un extraño sentimiento de rechazo hacia sentirse rescatada —salido de no sabía dónde y sumado al recuerdo de otro chico sujetándola contra su voluntad— hizo que la joven terminase, tras un par de segundos de duda, alzándose por su propio pie. Con un gemido de impotencia, Elaine tomó el móvil medio roto entre los dedos y contuvo una suave maldición a duras penas. Aquello sí que no iba a tener excusa frente a su hermano mayor. Con seguridad, le esperaba un buen castigo de todas maneras.

El hombretón, por su parte, cuando vio que ella podía mantenerse en pie sin problemas comenzó a alejarse en dirección a la avenida; sin mirar atrás más que una vez y con la brevedad que da

asegurarse de si te siguen o no. Tragándose el miedo y el orgullo a partes iguales, con el rostro al rojo vivo y casi sin ser consciente de lo que hacía, Elaine echó a andar tras él casi por impulso. Ni siquiera se planteó de forma consciente cómo él sabía que ella quería coger un taxi. Tan solo se dejó llevar por sus pasos hasta que las luces de la nueva calle, casi cegadoras en comparación, iluminaron la acera bajo sus pies.

Cuando llegaron por fin a la parada, apenas veinte metros de trayecto desde la salida de la calleja residencial, la joven se situó junto al poste iluminado sin apenas mirar al joven y sumida en sus amargas reflexiones. Sin embargo, no pudo evitar sorprenderse al ver que él se colocaba a su lado, contemplando la calle con indolencia. Elaine apenas se atrevió a preguntarle por qué no se iba y la dejaba sola. Pero él parecía cómodo y no la estaba presionando de ninguna manera para hacer nada. Sin quererlo, la joven lo observó con algo más de curiosidad, pero apartó la vista en cuanto él la sorprendió.

—¿Qué ocurre? —preguntó él con suavidad.

Tenía una preciosa voz de barítono que Elaine, en su estado de nervios, tampoco pudo dejar de apreciar. Era casi relajante. Sin embargo, su timidez y el terrorífico recuerdo de la tentativa de violación anterior, sin nadie más conocido alrededor, provocaron de nuevo que no fuera capaz de responder. En cambio, agachó la cabeza por enésima vez con el rostro como la grana. Al hombre simplemente pareció hacerle gracia su reacción.

—No eres muy habladora ¿eh? —Pero, antes de que ella pudiera responder nada, el joven miró a un punto por encima de su cabeza. Un segundo después alzó la mano con gesto relajado—. ¡Ah! Tu taxi ya está aquí ¿ves?

Curiosa y aún asustada, Elaine se giró despacio para otear en la dirección que él indicaba. En efecto, un vehículo negro con la palabra «TAXI» sobre el techo se aproximaba a buena velocidad, ralentizando y poniendo las luces de peligro al acercarse a la parada. En cuanto frenó junto a ella, el joven le hizo una seña para invitarla a subirse. Elaine, tras dudar un instante sin saber por qué, se decidió a abrir la puerta del asiento de atrás. A tiempo, fue consciente de que aún tenía algo que hacer si no quería quedar como una cretina:

—Oye... —lo llamó. Para su sorpresa, ya había empezado a alejarse de la parada. Cuando él se giró, curioso, ella pronunció con timidez—. Muchas... gracias por acompañarme. Ha sido todo un detalle.

Su salvador, aunque parecía sorprendido por oírla decir tantas palabras seguidas en un momento, se limitó a sonreír y encogerse de hombros con fluidez.

—Sin problema, señorita —aceptó—. Pero... ten cuidado de vuelta a casa ¿eh?

Ella asintió a su vez, notando sus mejillas arder incluso más que antes, antes de meterse por fin en el taxi con el corazón acelerado.

\*\*\*

Unos minutos después, el oscuro vehículo y su ocupante desaparecieron de la vista por una calle lateral. El joven suspiró sin poder evitarlo. Lo cierto es que, habiendo vivido en el sur de Daleth toda su vida, apenas le sorprendía encontrarse abusos y vejaciones en cada esquina; sobre todo, al salir de trabajar como era el caso

aquella noche. Sin embargo, el sentimiento de impotencia que percibía en muchos de los casos era insoportable. Quizá, pensaba con amargura, porque le recordaba a su propia situación. Además, aquella chiquilla parecía casi una niña más que alguna de las mujeres que se veían más a menudo por la zona. ¿Una Alta despistada? Sacudió la cabeza. No, seguro que no. Los Altos que se camuflaban entre los sureños para disfrutar un poco de la noche no tenían aquel aspecto tan desvalido ni desorientado. ¿Entonces...?

Su hilo de pensamiento se cortó casi sin quererlo en cuanto llegó a la puerta de su bloque de apartamentos. Estaba situado a unos veinte minutos andando de aquella parada de taxis, en plena Zona Centro. Tampoco era nada fuera de lo normal, sólo una antigua casa señorial adaptada y renovada en forma de bloque de apartamentos de semi lujo. Pero todo eso no fue lo que lo hizo temblar al llegar a la puerta de lo que podría llamar "su hogar". De hecho, el hombretón solo tuvo que observar el felpudo desplazado junto a la puerta de su piso para intuir que, al menos esa noche, no estaría solo.

Con tiento, el joven de pelo platino sacó la llave del bolsillo de la sudadera y abrió la puerta muy despacio. Como sospechaba, su amante de turno lo estaba esperando frente a la ventana del salón y miraba al exterior con actitud relajada. La luna creciente brillaba en el cielo y sus rayos entraban a través del cristal, desprovisto de cortinas; lo que hacía que el cabello cano del intruso brillase casi como si fuera plateado. Como de costumbre, aquel hombre vestía de camisa y pantalón de traje. Ante él, el recién llegado casi se sentía andrajoso con sus vaqueros y su sudadera oscura. Pero, quisiera o no, ese era el orden del mundo donde vivía.

El inquilino del piso suspiró antes de dar el primer paso hacia el interior; pero no dijo nada mientras se quitaba los zapatos, cerraba tras de sí y se adentraba con lentitud por el pequeño corredor-recibidor del apartamento. No le apetecía demasiado tener jarana aquella noche, pero sabía por experiencia que si decía que no sería

peor. Mucho peor. La gente que controlaba su vida, en el fondo, no se andaba con tonterías para conseguir lo que quería. Y él llevaba los últimos cinco años conviviendo con esa realidad, quisiera o no. Su vida no era suya. Cuando lo escuchó caminar, el intruso se dio la vuelta con la misma lentitud y lo encaró.

—Llegas tarde, Ban —lo regañó, sin alzar la voz, en cuanto su rostro fue visible a la tenue luz de la luna—. ¿Dónde has estado?

Ban, por su parte, mostró media mueca involuntaria.

—Samael —pronunció—. Yo también me alegro de verte.

El otro hombre mostró media mueca sardónica, casi imitando la de él.

—Bueno, sé que... Hace mucho que no paso por aquí, pero solo estoy hasta mañana por la mañana en la ciudad. —Se encogió de hombros—. Luego tendré que irme otras dos semanas. Los negocios, ya sabes. Aunque... —Sonrió con intención—... no creerías que iba a marcharme de Daleth por tanto tiempo sin pasarme a verte antes ¿verdad?

En la penumbra, Ban apretó apenas los labios. Algo en él, sin quererlo, pretendía rebelarse ante aquel ritual tan conocido. Sin embargo, su parte lógica consiguió esconderlo lo suficiente; para que, en vez de protestar, su voz se dejase oír en un susurro:

—Tenía un asunto que resolver antes de subir. Perdona la demora.

Samael asintió, sin cuestionarlo, como si aceptara sus disculpas sin problema. Acto seguido, se acercó y le acarició la barbilla. A pesar de la altura de Ban, el otro hombre lo alcanzaba sin problemas. Como de costumbre, cuando Samael lo besó, el joven se dejó hacer y casi llegó a devolverle el beso con timidez. Pero, como

siempre, no sintió absolutamente nada al hacerlo. Era pura rutina y así debía seguir.

—Por cierto, Ban —susurró Samael en un momento dado, cuando sus dedos ya comenzaban a despojar al joven de la sudadera y la camiseta, exponiendo su torso exquisito a la luz lunar. El joven se dejó besar la piel sin rechistar, al tiempo que la costumbre conducía su mano a la entrepierna del otro hombre y comenzaba a acariciarlo. Samael gimió y agregó en su oído, antes de empujarlo de espaldas contra el sofá de cuero—. Goliath te manda recuerdos.

NO COPIAR